

# El Comercio

EDITORIAL

## Deponer radicalismos para no afectar más a los pacientes

A cumplirse siete días de la huelga médica del Ministerio de Salud, y con la intermediación de monseñor Luis Bambarén, se ha instalado anoche una mesa de diálogo, lo que es un paso importante para acercar posiciones y buscar alternativas de solución.

La tregua de 72 horas es relativa, pues solo alude a dejar de lado medidas radicales como el abandono de hospitales. Pero, ciertamente, es un alivio para los millones de pacientes que son tan crudamente afectados en su derecho fundamental a la salud, la integridad y hasta la vida.

Se ha abierto, pues, una ventana de acercamiento, pero sigue siendo urgente e imperativo que las partes dejen de lado sus posiciones radicales para entrar en un diálogo franco, realista y productivo, que permita terminar la huelga.

El reto es, por tanto, negociar sin presiones ni chantajes, sobre todo ahora que el ministro de Salud, Hernán Garrido Lecca, ha dado un paso al costado para que la negociación sea manejada directamente por el jefe del Gabinete, Jorge del Castillo, y el titular del MEF, Luis Valdivieso.

La dirigencia del gremio médico, que a veces parece responder, de modo intolerante, a motivaciones ideológicas o politiqueras, debe entender que, como todos los peruanos, los galenos tienen que acatar la ley y entender las limitaciones presupuestales del fisco.

El Gobierno, a su turno, debe hacer todos los esfuerzos para atender reclamos coherentes en la medida de lo posible. Ciertamente, la jornada laboral de seis horas es un punto delicado, pues implica una discriminación con el resto de trabajadores que tienen que cumplir una jornada laboral de ocho horas.

Lo que también debe mejorar el Gobierno son los canales de comunicación con los profesionales de la salud, para que entiendan la trascendencia de su labor, pero también el marco general que rige a los empleados del Estado, en el que debe primar la eficiencia y la meritocracia.

Como señalamos previamente, de lo que se trata ahora es de restaurar el orden y la eficiencia en el sector, para atender a millones de pacientes, que finalmente son los paganos y deben esperar largos días o meses para que se los atienda, lo que es atentatorio del derecho básico a la salud. ■■

“La comunidad internacional, y en particular la OEA, no puede permanecer impasible ante este peligroso proyecto dictatorial (de Chávez) que conculca libertades y encima pretende interferir con la soberanía democrática de otros pueblos. Hay que denunciar sus excesos y tomar medidas urgentes para proteger los derechos ciudadanos y las instituciones democráticas en Venezuela”. EDITORIAL DE EL COMERCIO / 27 DE OCTUBRE DEL 2007

## La reiterada intolerancia de Chávez contra los DD.HH.

Una vez más, el presidente de Venezuela Hugo Chávez desbarrió. Después de sus funestas y altisonantes expresiones, contra lo que aduce es una conspiración internacional para derrocarlo y asesinarlo, primero expulsó al embajador de Estados Unidos en Caracas y el jueves último hizo lo mismo con el director de Human Rights Watch (HRW), José Miguel Vivanco.

Estos excesos, que solo recuerdan las peores dictaduras que gobernaron la región en los 70, no son gratuitas. En principio, como señalan sectores de la oposición venezolana, podrían ser una nueva cortina de humo del chavismo para limpiar su imagen ad portas de las elecciones regionales de noviembre.

Podrían encubrir también el descontento, ampliado, de ciertos sectores militares; o tal vez la preocupante confirmación de que Venezuela ha sido el país de la región con más inversiones en armas en el último quinquenio, incluyendo las realizadas últimamente a Rusia. ¿Y qué decir del escándalo no resuelto del maletín con US\$800.000 que se confiscó

el año pasado a un venezolano en Argentina! Cualquiera sea la motivación, estos hechos solo le dan la razón al amplio informe que esta semana presentó en Venezuela la HRW, que explica cómo los diez años de Chávez al frente del gobierno han sido negativos para los principios democráticos, la administración de justicia, las irrestrictas libertades de prensa y de empresa de los medios de comunicación, el respeto a las organizaciones sindicales y los movimientos civiles.

Evidentemente, el intolerante Chávez no sabe de diplomacia, menos de democracia ni del básico derecho a discrepar. Por ello no ha tolerado las críticas de la HRW, una de las entidades más prestigiosas e independientes en materia de derechos humanos.

Chávez ha actuado como todas las dictaduras, olvidando otra vez que los derechos humanos no conocen fronteras, lo que revela su entraña antidemocrática y abusiva. Todo eso ha merecido el rechazo de grandes sectores venezolanos y de la comunidad internacional, que no puede aceptar como par democrático a un conculcador tan escandaloso de las libertades. ■■

### PIEDRA DE TOQUE

## Gomorra y Nápoles

Mario Vargas Llosa  
Escritor



© MARIO VARGAS LLOSA, 2008.  
© Diario El País, SL / Mario Vargas Llosa. Prisa.com.  
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

Los grandes capostotes de la camorra napolitana, y sus pistoleros y amanuenses, abandonan sus viejas costumbres y jergas para adoptar las que las películas de Hollywood les atribuyen. Por ejemplo, en Casal di Principe, el jefe de ‘familia’ Walter Schiavone hizo que los arquitectos le construyeran una suntuosa vivienda imitada milimétricamente de la que habita, en “Scarface”, Tony Montana (Al Pacino). Hasta la aparición de la película de Coppola, “El Padrino”, los camorristas jamás habían llamado de este modo a los ‘capofamiglia’, pero desde entonces aquel apelativo se ha generalizado, y no solo en Campania, también en Calabria, Sicilia y otras regiones de Italia. Las esposas de los camorristas, desde hace algunos años, se visten como Uma Thurman en “Kill Bill”, con rubias pelucas y de amarillo fosforescente. Y un veterano policía explicó, ante un tribunal, que, desde que vieron las películas de Tarantino, los ‘killers’ de las distintas ‘familias’ napolitanas asesinan como esos personajes de celuloide: disparando al bajo vientre, a la ingle, a las piernas, hiriendo gravemente para que la muerte tarde, y rematando a las víctimas por fin con un tiro en la nuca.

Son las páginas más divertidas, las únicas que pueden calificarse de este modo, del libro de Roberto Saviano, “Gomorra”, publicado en Italia hace un par de años, un extraordinario reportaje sobre las mafias que operan en Nápoles y en toda la Campania, que se lee con tanta fascinación como espanto e incredulidad. Saviano es un periodista muy joven (nació el año 79), pero, sobre todo, es napolitano, de origen humilde, que ha vivido en los pueblos y barrios donde la camorra representa el verdadero poder y es la fuente, por un lado, de trabajo y oportunidades de supervivencia para los pobres, y, de otro, de violencias terribles, que, en las páginas de su libro, están documentadas con nombres, fechas y precisiones. No es de extrañar que desde entonces ande oculto y protegido por guardaespaldas. Mientras yo leía su libro, entre la mugre pestilente y los palacios soberbios de Nápoles, los diarios italianos anunciaban una aparición fugaz de Saviano en el Festival Literario de Mantua, rodeada de infini-



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

los galpones del puerto de Nápoles donde la mafia instala a los chinos que clandestinamente trae a Italia para que trabajen en distintas actividades que realiza en sociedad con el gigante asiático. Un buen número de aquellos inmigrantes vienen a Nápoles a aprender, de maestros nativos, las técnicas de la perfecta falsificación de calzados, vestidos, sombreros y demás indumentados de la moda italiana, técnicas que luego irán a poner en práctica en los talleres de corte y confección en China, donde se fabrican los productos de Gucci, Armani y otras grandes casas de modistos de Italia, que, luego, la organización venderá por todo el mundo. Las clases se dan en locales de la mafia, con traductores simultáneos. En un episodio inolvidable de “Gomorra” vemos a un jefe mafioso emocionarse hasta las lágrimas viendo en la televisión, la noche de los Oscar, a Angelina Jolie embutida en el precioso vestido blanco de marca que él hizo falsificar.

Las empresas de la camorra no operan todas en la ilegalidad; buen número de ellas ocupan un plano intermedio, con ramas y operaciones legales y otras informales. Lo mismo puede decirse de buen número de compañías legales, a las que, la presión ambiente, la codicia o el chantaje, han ido contaminando de ilegalidad y que, manteniendo una fachada irreprochable, tienen una trastienda que se sirve de, o sirve, al sistema. El libro de Saviano da la impresión de que aquel, en vez de encogerse debido a la persecución policial y legal, avanza de manera sistemática, contagiando a todo su entorno. Solamente leyendo las empresas de turismo y entretenimiento que la camorra desarrolló en la Costa del Sol – España fue durante muchos años una tierra de promisión para los jefes camorristas, donde tenían sus villas de recreo, donde escondían a sus hombres más buscados y donde celebraban sus reuniones de directorio – se tiene la abrumadora premonición de que, si esto sigue así, en no mucho tiempo será la economía que opera dentro de la ley la minoritaria, y la de la Camorra, la Cosa Nostra, la ‘Ndrangheta calabresa y congéneres quienes dominarán el mundo.

¿A qué se debe la capacidad de proliferación de la mafia napolitana? No a que no sea perseguida, desde luego. Ese es un mito que Roberto Saviano pulveriza en su libro. Aunque la camorra tenga complicidades entre políticos, policías y jueces, el Estado la golpea sin cesar, encarcelando a sus dirigentes, secuestrando sus bienes, enviando por largos años de prisión a sus contables y pistoleros. La función de los “arrepentidos” es capital, pues gracias a sus confesiones se ha podido detectar

“ No creo que el fenómeno de la camorra sea manifestación congénita del sistema capitalista, sino su excrecencia o deformación ”

tas precauciones. Si las cosas que cuenta en “Gomorra” son todas ciertas, es seguro que nunca más estará a salvo y que tendrá que pasar el resto de su vida a salto de mata y cambiando de disfraces.

La camorra no es una organización única, sino un nombre genérico para sinnúmero de ‘familias’ que, a veces, trabajan unidas en alianzas para negocios específicos, o que dominan territorios o

actividades concretas y diferenciadas – inmigración clandestina, prostitución, falsificación de productos de lujo, drogas, casinos, esencias tóxicas, etcétera – y que, de tanto en tanto, entran en conflicto y se aniquilan en guerras de una ferocidad indescriptible. Se trata de un sistema, en cuya base hay pistoleros, vendedores callejeros de cocaína, heroína y toda clase de narcóticos, y en cuyo vértice ope-

ran financieros, inversores e industriales de enorme poderío y talento empresarial. Nadie ha utilizado mejor que la camorra los horizontes que abre a la economía la globalización ni ha aprovechado mejor las nuevas tecnologías.

Un solo ejemplo, para ilustrar la eficacia con que la camorra ha tendido redes que abrazan el mundo entero. El libro de Saviano se abre con una descripción de

la profundidad de sus operaciones, decomisar astronómicas cantidades de drogas e intervenir sus fábricas de mercancías falsificadas y los circuitos que utiliza para el lavado de dinero. Pero, aun así, el sistema ha alcanzado ya unos niveles de poderío económico, de adaptación a nuevas circunstancias y una aptitud para renovar sus cuadros, que los golpes que recibe no llegan a poner en peligro su existencia. Por paradójico que parezca, muchas veces cuenta en barrios y aldeas con un vasto sector social, el más pobre y marginado, que, como la camorra es su único medio de vida, la defiende, ocultando a sus perseguidos, desviando a la justicia, e, incluso, linchando y marginando a quienes se atreven a denunciarla. Una de las historias conmovedoras que cuenta Saviano es el vía crucis de una modesta maestra de escuela de Mondragone, que, por haberse atrevido a denunciar a un sicario de un asesinato del que ella fue testigo, se convirtió en una apastada, a la que todo el mundo quitó la palabra, fue degradada en su trabajo y mutada a una aldea miserable donde debió preguntarse muchas veces si actuar de una manera decente no era, en el mundo en que vivimos, solo cosa de mártires y cacasenos.

Otro mito que se eclipsa leyendo “Gomorra” es el de que, por delictuosa que sea, la camorra, nacida del pueblo, guarda unos lazos de solidaridad visceral con su territorio. El atroz capítulo final de este libro pone los pelos de punta, pues relata con minucia una de las operaciones más rentables de la mafia y de más nocivas consecuencias para los humildes napolitanos: la industria clandestina de traer del norte de Italia a la Campania las escorias y residuos tóxicos de la industria para enterrarlos en el campo. Es una actividad que reditúa enormes ingresos a la camorra y que causa perjuicios inconmensurables a los campesinos y aldeanos de esas tierras envenenadas por los ácidos que transmiten enfermedades a los seres humanos y a las bestias y a los productos agrícolas que allí se cultivan. Y, por supuesto, a los inmigrantes clandestinos africanos, asiáticos y japoneses que manipulan esas materias por unos salarios miserables.

Tengo una discrepancia con el excelente libro de Roberto Saviano: no creo, como él, que el fenómeno de la camorra sea manifestación congénita del sistema capitalista, sino su excrecencia o deformación. Algo que todos los grandes pensadores de la economía libre, de Adam Smith a Friedrich A. Hayek, señalaron que ocurría cuando la empresa privada funcionaba en un mundo sin leyes o con leyes que no se cumplían y carente de una cultura y una moral que discriminara claramente entre lo justo y lo injusto, o, en vocabulario religioso, el bien y el mal. No es el capitalismo sino Italia la que anda podrida. ■■

Madrid, setiembre de 2008.